Acerca de los *tibicines* de Rosvita

Hace algo más de medio siglo que Ezio Franceschini publicaba un artículo, destinado a convertirse en clásico, acerca de los *tibicines* en la poesía de Rosvita de Gandersheim[1]. El valor dado por Franceschini al término *tibicen* —siguiendo el uso registrado por comentaristas y lexicógrafos antiguos— equivale aproximadamente a lo que podríamos denominar, usando otra terminología, un pleonasmo poético o métrico; es decir, son *tibicines* aquellas palabras cuyo uso no responde a una necesidad expresiva o denotativa, sino meramente métrica: sirven para cuadrar el verso en los pasajes en que el poeta se encuentra falto de otros recursos[2]. No hace falta añadir que la utilización abusiva de este recurso no redunda en absoluto en una valoración positiva del autor, sino más bien en una nota censoria.

Recientemente, y en el marco de una investigación de signo más general sobre el uso de las partículas conectivas en los autores latinos medievales, nos hemos visto en la necesidad de revisar los resultados aportado por Franceschini y de esta reconsideración derivan los análisis contrastivos que presentamos a continuación[3].

De buenas a primeras, de los datos aportados en el mencionado artículo se puede extraer una conclusión que, por otra parte, no es original, ya que el propio profesor italiano la había señalado

1 E. Franceschini, «I «tibicines» nella poesia di Hrotsvitha», *ALMA* 14/1 (1939) pp. 40-65.

2 E. Franceschini, *o. c.*, 41: «esse non dipendono tanto da una povertà d'invenzione quanto da una necessità di metrica».

3 Para la elaboración del presente estudio hemos seguido las ediciones de P. de Winterfeld, *Hrotsvithae Opera*[2], Berolini/Turici, apud Weidmannos 1965; y de H. Homeyer, *Hrotsvithae Opera*, München-Paderborn-Wien, Schöningh 1970.

Universidad Pontificia de Salamanca

muy oportunamente (p. 42): el uso del concepto de *tibicen* en un sentido amplio y laxo, puesto que se incluyen en un mismo capazo tanto partículas conjuntivas como adverbios, verbos, sustantivos y adjetivos; circunstancia que no deja de resultar sorprendente si atendemos al hecho de que la capacidad de aparición de estas unidades gramaticales varía considerablemente en uno y otro caso y no siempre es absolutamente libre o, al menos, no lo es en el mismo grado. Así, por ejemplo, el uso del adjetivo *perennis* no es en absoluto equiparable en cuanto a posibilidades (su utilización requiere la presencia de un sustantivo del que sea predicable esta cualidad) con una partícula de claro valor cuantificador como puede ser *magis*. Y más todavía, no se puede prescindir u obviar el hecho de que un porcentaje elevadísimo de los usos del adjetivo *perennis* se dé en una obra como *Maria*, dedicada a glosar la figura de la madre de un salvador «eterno» que premia con una vida «eterna».

Por otro lado, no deja tampoco de resultar extraña la tremenda diferencia cuantitativa que existe en el uso que hace Rosvita de los diferentes *tibicines*; esta diferencia oscila entre los dos usos registrados de *autem* y las 205 apariciones computadas en el caso de *sed*. Evidentemente no se puede caer en el error de hacer depender la bondad de un concepto del grado de utilización del fenómeno, particularmente en este caso, ya que no es menos cierto que, cuando de partículas se trata, el latín medieval presenta muchísimos casos de este tipo de fenómeno consistente en la acumulación innecesaria —desde el punto de vista de la sintaxis clásica, claro está— de partículas, como fruto, seguramente, de un proceso progresivo de pérdida de la fuerza significativa de las partículas individuales o del olvido de alguna de las posibilidades significativas que tenían estas partículas en latín clásico. Pero, aun así, el número no deja de ser un índice aproximativo para la localización del fenómeno.

Estas y otras consideraciones nos han inducido a contemplar la necesidad de revisar el concepto de *tibicen* o, lo que es lo mismo, matizarlo, pulirlo y reducirlo a su verdadero alcance. Esta revisión parte de una hipótesis que no creemos que, en principio, sea de difícil aceptación: los *tibicines* métricos auténticos carecen de sentido en el campo de la prosa, reserva hecha de su posible aparición en las cláusulas métricas. Ciertamente no se puede olvidar que una utilización también elevada de un supuesto *tibicen* poético o métrico en las obras en prosa puede representar una indicación no banal

Universidad Pontificia de Salamanca

acerca de la escasez de recursos lingüísticos de un autor, pero no será menos cierto que en tal circunstancia la utilización del vocablo en cuestión responderá a una o mil razones diferentes, pero en ningún caso dependerá exclusivamente de motivaciones métricas. Así las cosas, hemos realizado un estudio comparativo del uso de los *tibicines* métricos registrados por Franceschini en el corpus poético de Rosvita, con la utilización de estas mismas palabras en las obras en prosa. La comparación la hemos realizado en términos absolutos y evitando, por tanto, el recurso a los porcentajes, en atención a lo explicado anteriormente sobre el condicionamiento que la temática de una obra puede tener sobre el uso de ciertos vocablos. La tabla de comparación resultante, constituida a partir de los términos propuestos por Franceschini, es ésta:

TERMINO	VERSO	PROSA	TERMINO	VERSO	PROSA
amand-	26	2	meritoque	3	0
atque	97	8	more	27	11
attamen	4	0	moreque	2	0
autem	2	29	mox	120	3
bene	55	7	moxque	3	0
certe	49	4	nam	54	23
cito	19	6	namque	52	7
citius	41	6	nec	142	95
denique	88	0	necnon	90	2
digne	24	0	nempe	17	1
digneque	2	0	nunc	53	47
dignanter	4	0	pariter	29	9
condigne	4	0	pariterque	10	0
ergo	48	0	percerte	25	4
etenim	2	2	perennis	43	7
fore	43	3	perenniter	7	0
forte	30	11	persaepe	6	1
fortiter	3	1	pie	30	2
fraude	13	3	pietate	84	1
iam	81	7	quia	65	85
igitur	18	4	quidem	26	15
iure	25	2	quoque	130	5
iureque	1	0	rite	34	0
magis/e*	18	17/0	saepe	7	0
mente	40	15	saepius	6	1
merito	24	7	saepissime	8	2

* Indiferenciado en el cómputo de Franceschini.

Universidad Pontificia de Salamanca

TERMINO	VERSO	PROSA	TERMINO	VERSO	PROSA
satis	39	14	subito	38	2
scilicet	41	6	tamen	13	24
sed	205	137	tunc	62	4
semper	60	9	undique	14	0

Así, a partir de un simple cálculo numérico, que tendrá que ser necesariamente aleatorio, podríamos dar una primera compartimentación de carácter provisional.

1. *Tibicines* métricos muy probables. Incluiríamos aquí los términos usados abundantemente en el verso y de forma nula en la prosa: *denique* (88/0), *digne* (24/0), *ergo* (48/0), *perenniter* (7/0), *rite* (34/0), *saepe* (7/0), *undique* (14/0). No nos atrevemos a incluir en este apartado formas como *dignanter* (4/0), *condigne* (4/0), ya que, pese a responder exactamente a las características definitorias, su baja frecuencia de aparición hace que se deban tratar con reservas. Asimismo, resulta curioso constatar la distribución de los dobletes (forma simple/forma compuesta: *digne/digneque, merito/meritoque, more/moreque, mox/moxque, pariter/pariterque, tamen/attamen*), ya que en la prosa no se registra nunca la utilización de las formas compuestas, particularidad que apunta decisivamente hacia el papel de comodín métrico de esta posibilidad combinatoria.

2. *Tibicines* métricos probables. Consideraremos como tales aquellos vocablos usados abundantemente en el verso y de forma escasa en la prosa. Cuantitativamente vendrán determinados por la existencia de una relación superior a 10/1. Los casos registrados son los siguientes: *amand-* (26/2), *atque* (97/8), *certe* (49/4), *fore* (53/3), *iam* (81/7), *iure* (25/2), *mox* (123/3), *necnon* (90/2), *nempe* (17/1), *perenn-* (43/2), *pie* (30/2), *pietate* (84/1), *quoque* (130/5), *subito* (38/2), *tunc* (62/4). En atención a que, en términos absolutos, su utilización en el verso es lo suficientemente elevada, podríamos integrar los componentes de este apartado en el primero, elevándolos, por tanto, a la consideración de *tibicines* seguros.

3. *Tibicines* dudosos. Vienen marcados cuantitativamente por figurar en la franja que va de la relación 10/1 hasta la 2/1. Con todo, podrían establecerse diferencias internas dependientes de que el uso absoluto sea más o menos alto. Figurarían aquí: *bene* (55/7), *cito* (19/6), *citius* (41/6), *forte* (33/11), *fraude* (13/3), *igitur*

Universidad Pontificia de Salamanca

(18/4), *male* (37/4), *mente* (40/5), *merito* (27/7), *more* (29/11), *nam* (54/23), *namque* (52/7), *pariter* (29/9), *percerte* (25/4), *persaepe* (6/1), *saepius* (6/1), *saepissime* (8/2), *satis* (39/14), *scilicet* (41/6), *semper* (60/9).

4. Términos que probablemente no sean *tibicines*. Cuantitativamente presentan una relación inferior al 2/1 y ofrecen como nota característica una alta frecuencia de uso en las dos secciones. Habría que incluir aquí: *magis/mage* (18/17), *nec* (142/95), *nunc* (53/47), *quidem* 26/15), *sed* (205/137).

5. Términos a los que con casi total seguridad se les tendría que negar el carácter de *tibicines*. Desde el punto de vista cuantitativo presentan una relación bien de equilibrio, bien favorable a la obra en prosa. Los casos registrados son los siguientes: *autem* (2/29), *etenim* (2/2), *quia* (65/85), *tamen* (17/24).

Si atendemos a la distribución cualitativa por grupos, no pueden dejar de llamarnos la atención algunos rasgos, como, por ejemplo, que en los casos de equilibrio (grupo 5.º), es decir, los que desde la perspectiva numérica hacían sospechar la conveniencia de que se los excluyera del cómputo, figuran cuatro formas gramaticales, *autem, etenim, quia, tamen*, de valor adversativo, causal, explicativo, y que, consecuentemente, tienen una presencia necesaria para el engarce o la ilación de la frase.

Y si bajamos un peldaño más (grupo 4.º) encontramos un caudal limitado integrado por partículas adversativas (*sed*), disyuntivas negativas (*nec*), situadores temporales (*nunc*), expletivas (*quidem*) y cuantificadores (*magis/mage*). En este apartado, exceptuado, y con reservas, el caso de *quidem*, la tónica no parece que sea diferente a la del grupo anterior, pues, sin duda, resulta igualmente extraño prescindir de los conectores causales o disyuntivos o de los complementadores de cantidad; sin dejar de lado tampoco el hecho de que en el verso uno de los *tibicines* más usados, más elogiados y, curiosamente, más difíciles de detectar sea precisamente la ausencia de conjunciones.

Sin necesidad de bajar màs peldaños en la escalera, nos detendremos en un estudio más pormenorizado de los términos que aparecen en el último grupo, el 5.º, cuyos componentes son los menos susceptibles, a priori, de ser considerados *tibicines* métricos.

Universidad Pontificia de Salamanca

Empezando por el caso de *autem* (2 presencias en verso/29 en prosa), los usos en el campo de la prosa responden en términos absolutos al valor de contraposición que le es genuino. Por ejemplo:

Abraham, 7, 15:

> Haud ita; sed ego pedibus incedam, te autem equo superponam,
> ne itineris asperitas secet teneras plantas.

Si se diera el caso de que este mismo valor fuera el que presentaran los dos ejemplos de verso, la consecuencia sería clara: no serían de ninguna manera *tibicines* métricos. Veamos, por tanto, cuál es la situación. De los dos casos registrados, uno

Maria, 83-84:

> Hanc autem memorant, sterilem non tempore paruo,
> Spem partus homini nullam conferri fideli.

responde claramente al mismo uso contrapositivo. En cambio, el segundo presenta mayores dificultades:

Maria, 162-165:

> Scilicet hac ipsa Ioachim praedictus in hora
> Angelus apparens inter montana, refulgens,
> In quis tunc pascendo gregem latitauerat autem,
> Iusserat ad sociam citius remeare relictam.

Ya que, aun admitiendo la posibilidad de que conserve el valor de contraposición, resulta mucho más complicado admitir que pueda marcar sintácticamente el comienzo de una oración nueva, dada su posición final en la oración y en el verso. De manera que nos habríamos topado con un *tibicen* incuestionable. Y con todo, no se pueden sacar de ahí alegremente conclusiones demasiado tajantes como la de considerar *tibicines* todos los usos de *autem*, cosa que acabamos de ver a través del primero de los dos ejemplos que no sería cierta. Por otro lado, no se puede orillar la tradición poética que nos presenta casos de colocación de *autem* en final de verso —no de frase— en autores como Ovidio:

Met., 9, 143-144:

> Diffudit miseranda suum, mox deinde «quid autem
> Flemus?»

Met., 9, 495-496:

> Quid mihi significent ergo mea uisa? quod autem
> Somnia pondus habent? an habent et somnia pondus?

Universidad Pontificia de Salamanca

Con lo cual, independientemente de que exista una influencia de Ovidio en Rosvita, ya sea en forma directa, ya sea a través de glosarios poéticos, cosa que aquí no nos ocupa, resulta como mínimo chocante sostener que *autem* es un *tibicen* métrico en el verso 83 del poema *Maria* de Rosvita, y que, en cambio, no lo es en el verso 143 del libro 9 de las *Metamorfosis* de Ovidio. Y en último extremo, admitiendo, como hemos hecho anteriormente, que el *autem* que aparece en el verso 164 del mismo poema *Maria* es un comodín métrico, no podremos dejar de reconocer también que un solo ejemplo resulta poco significativo en el marco de toda la obra poética de nuestra autora. Pasemos, pues, al resto de los casos.

Situación parecida a la que se da con *autem*, es la que encontramos en el caso de *etenim* (dos apariciones en cada uno de los campos). La imposibilidad de combinar su colocación canónica en principio de frase con la inicial en el hexámetro y el pentámetro (*ĕtĕnim*) sin duda tiene que influir en su ubicación más allá de esta situación prevista a priori por el uso gramatical. Lo curioso es que tanto en los ejemplos en verso,

Maria, 53:

> Quem tradunt etenim nomen tenuisse Ioachim.

Maria, 64:

> Hic heros etenim, de quo narrabo, Ioachim...

como en los en prosa, donde la exigencia cuantitativa no existe,

Pafnutius, 3, 4:

> Est etenim aliud ocultum, tam secretum, ut eius penetral nulli praeter me nisi deo est cognitum.

Pafnutius, 10, 1:

> —Num hic est frater coheremita meus Pafnutius? Ipse est.
> —Sum etenim.

en ningún caso *etenim* encabeza su frase. Esta circunstancia apunta, sin duda, hacia una pérdida de valor genuino y original de la expresión, seguramente por analogía con otras formas de significado similar. Obsérvese, a fortiori, que en el ultimo ejemplo la situación de *etenim* no viene tampoco exigida por la rima, circunstancia que también podría darse en una obra escrita en prosa rimada.

Por otra parte, la ubicación no inicial de *etenim* no es una innovación en el campo de la poesía, pues lo encontramos, por ejemplo, en el mismo Horacio:

Universidad Pontificia de Salamanca

Carm. 4, 5, 17:

Tutus bos etenim rura preambulat.

Y si pasamos al caso de *quia*, no se encuentra ni en la prosa ni en el verso de Rosvita un solo caso en que su uso no responda claramente a una circunstancia causal y, por tanto, de manifestación necesaria. Por otra parte, resultaría también discriminatorio atribuirle la cualidad de *tibicen* a *quia* y negársela a *quod*, si se toman en consideración ejemplos como el siguiente:

Maria, 277-279:

Hoc nomen merito sortitur sancta puella,
Est quia praeclarum sidus, quod fulget in aeuum
Regis aeterni claro diademate Christi.

Con respecto a su ubicación en el verso, nos remitimos a lo dicho anteriormente, ya que con *quĭă* encontraremos unas restricciones métricas parecidas a las que se dan en el caso de *etenim*.

Estas mismas limitaciones métricas se presentan en el caso de *tamen*, sin que, por otra parte, presente en ningún caso un valor diferente de los usuales, como no sea su presencia relativamente más abundante acompañando como correlativa adversativa a la partícula concesiva *licet*; pero, siendo ésta la realidad, resulta que lo novedoso o genuino estaría en el uso de *licet*, pero en ningún caso en el de *tamen*. Lo que apuntaría hacia un cambio de gusto o de preferencia de nuestra autora con respecto a las partículas concesivas.

La primera consecuencia que se puede extraer de las reflexiones anteriores nos lleva por la senda de considerar que Rosvita usa *tibicines* métricos, pero en medida mucho menor de lo que se le ha atribuido, ya que en muchos casos (nosotros nos hemos detenido en unos pocos ejemplos) imputar a la carencia de recursos el uso que hace Rosvita de determinados términos se demuestra como una suposición falsa que, como mínimo, se tiene que casar con la constatación de que nuestra autora posee unos conocimientos lingüísticos y literarios nada usuales en su época.

La segunda conclusión que podría extraerse tiene un carácter metodológico: en el campo de los *tibicines* no se puede generalizar ni sobre la base del número, ni sobre la base de los autores; cada término debe tratarse de forma individualizada y caso por caso. La forma *autem* puede, con su escaso bagaje de sólo dos apariciones en el verso, ser un *tibicen* y que, al mismo tiempo, no se dé ningún

Universidad Pontificia de Salamanca

ejemplo de utilización superflua de *quia*, pese a las 65 apariciones registradas.

En tercer lugar podríamos situar una conclusión de tipo conceptual y, al mismo tiempo, taxonómico. Sobre la base de reducir el concepto de *tibicen* al uso de palabras inútiles o superfluas que se emplean con el solo objeto de completar el verso, se podrían distinguir lo que son propiamente *tibicines* de otro tipo de recursos poéticos como la opción entre formas simples o compuestas, o el derecho del poeta a decidir la colocación de una palabra en el lugar del verso que le resulte más conveniente, e, incluso, la utilización de adjetivos que, aun siendo significativamente superfluos, añaden ornato al texto*.

PERE J. QUETGLAS
Universidad de Barcelona

* La elaboración de este artículo se inscribe en el marco del proyecto PB 91-628, subvencionado por la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (Digicyt).

Universidad Pontificia de Salamanca